

Epílogo / Movimientos nacionalistas, el nacionalismo radical vasco

Pedro Ibarra Guell

Introducción

Cerramos este Anuario con una nueva reflexión, una nueva mirada a los movimientos sociales. Queremos introducir un nuevo sujeto / movimiento. Los movimientos sociales nacionalistas; o, sin más, los movimientos nacionalistas. Si hasta ahora no hemos tratado estos movimientos, se debe tanto a razones prácticas —dificultades de encontrar aportaciones sobre el nacionalismo desde una perspectiva movimentista— como sobre todo a la existencia de un prejuicio teórico. El creer que tales movimientos nacionalistas, no eran verdaderos —«puros»— movimientos sociales.

Sin duda los movimientos nacionalistas no siempre son movimientos sociales, pero también resulta indiscutible al menos en determinadas fases del proceso de un movimiento nacionalista, que estos son —se comportan— como movimientos sociales. Luego haremos alguna breve consideración analítica al respecto, pero en cualquier caso lo que ahora sí debemos afirmar es que los movimientos nacionalistas se viven, se perciben a sí mismos como movimiento surgidos desde la sociedad, que tienen objetivos políticos y que construyen en el seno del movimiento una fuerte identidad colectiva. Es decir, sienten estar participando en una forma de acción colectiva que reúne las características fundamentales de cualquier movimiento social. Y esta autopercepción nos debería resultar suficiente —nos resulta suficiente— para abordar su estudio; para incluirlos en nuestras aportaciones. En nuestros Anuarios.

En este primer artículo y tras unos breves apuntes sobre en qué medida los movimientos nacionalistas son movimientos sociales, centraremos nuestra reflexión en uno de los elementos claves del nacionalismo en general y de sus movimientos en concreto. La identidad colectiva. Para ello utilizaremos dos acercamientos. En un primer bloque, una aproximación teórica a las identidades colectivas y a las nacionalistas. Y en un segundo bloque, un análisis sobre la identidad colectiva —sobre la propuesta identitaria nacionalista— de uno de los movimientos nacionalistas más «conocidos» en nuestro país. El movimiento nacionalista vasco radical; la izquierda abertzale. Aprovecharemos este segundo bloque para hacer también algunas digresiones generales sobre las diversas identidades y propuestas nacionalistas, utilizando para ello la perspectiva del funcionalismo y del pluralismo.

Movimientos nacionalistas; movimientos sociales

El nacionalismo, al menos en determinadas coyunturas históricas, también es un movimiento social; y además en determinados momentos de esas coyunturas — sobre todo en la fase de ascenso del movimiento— adopta aspectos típicos de los nuevos movimientos sociales.

En un sentido muy estricto del término, los movimientos nacionalistas podrían no ser considerados como movimientos sociales. Parecería que su voluntad de ocupar el poder político para ejercerlo, presente de alguna forma y en alguna parte del horizonte de muchos movimientos nacionalistas, les haría perder la condición de «pureza» antipolítica de los movimientos sociales.

Sin embargo, este enfoque excluyente es inadecuado. Y no sólo porque los movimientos sociales «impuros» también son movimientos sociales, sino sobre todo porque determinados movimientos nacionalistas se comportan en la práctica como movimientos sociales.

- Efectivamente, cuando un movimiento nacionalista no ocupa cuotas de poder político, es obvio que en su cotidianeidad se comporta como un movimiento social. Se moviliza en y desde la sociedad, utiliza formas de acción no convencionales, se organiza informalmente y en red^[1] y se asienta en una densa identidad colectiva. Sin duda, todos estos rasgos constituyen las señas de identidad más relevantes de los movimientos sociales.

- Pero también pueden seguir considerándose movimientos sociales aun cuando parte del movimiento ocupe cuotas de poder. Así, por ejemplo si su presencia en las instituciones políticas es muy poco relevante en la conformación de políticas públicas. O también, si tal presencia resulta subsidiaria, dependiente, respecto a los procesos de movilización llevados a cabo fuera del espacio político institucional, por ese mismo movimiento nacionalista.

Somos conscientes que tales afirmaciones a favor del carácter movimentista del nacionalismo contienen excepciones (ver nota 1) y desde luego matizaciones, «especialidades». Estas no sólo se derivan de esa mencionada vocación de poder^[2] sino de la propia conformación del movimiento. Los movimientos nacionalistas, como acabamos de apuntar, tienden a conformarse reticularmente. Son redes de grupos culturales, juveniles, temáticos (ecología, mujer, etc), políticos y hasta... armados. Y actúan en diversos frentes y con diversas formas de acción colectiva. Son desde esta perspectiva movimientos complejos; movimientos/ redes o también movimientos/ comunidad. En todo caso esta complejidad, esta «especialidad» no les lleva a dimitir de su condición de movimientos sociales.

Identidades colectivas

Una reflexión teórica

Una identidad colectiva es —valga la redundancia— una forma colectiva de ver la realidad. Es una forma colectiva de interpretar el mundo, de estar en él y de actuar en él y sobre él. Es una forma colectiva porque la persona que participa de esa identidad lleva a cabo todas esas funciones —conocer, valorar, emocionarse con, intervenir en— a través del grupo; del grupo, del colectivo que afirma esa identidad. ¿Qué quiere decir a través? ¿Cómo actúa esa identidad colectiva sobre una persona en concreto? Quiere decir muchas cosas y no siempre las mismas. Dependerá de la intensidad de la vivencia, del tipo de identidad colectiva y de la existencia de una o varias identidades colectivas actuando sobre la persona en cuestión. Pero alguno rasgos/ procesos generales sí se pueden establecer.

Una identidad colectiva construye un objeto de deseo. Una identidad colectiva establece qué debe ser deseado, qué es aquello por lo que merece al pena vivir; aquello que tiene sentido. Así una identidad colectiva establecerá como objeto deseado la armonía en la relación del hombre con la naturaleza; o el arraigo y la expansión de unas determinadas creencias religiosas y la vida cotidiana correspondiente a esas creencias; o la

pervivencia de una comunidad étnicamente diferenciada; o también ¿por que no? el éxito de un equipo deportivo. Ciertamente, no todos los objetos tienen la misma relevancia y su deseo no genera las mismas consecuencias, pero en todos los supuestos descritos existe un proceso de constitución de un deseo.

Por otro lado, el individuo que se adhiere a esa propuesta, a ese objeto, vive esa adhesión como algo —a su vez— constitutivo de su vida, de su yo. Lo que él es —lo que cree que es— sus deseos, sus intereses, sus valores, son los establecidos por la identidad colectiva. Esta determina lo que el individuo debe ser, lo que debe querer y el cómo hacerlo. El individuo articula y ejecuta su proyecto de vida encarnándolo en las normas, en la cultura, en lo que es definido —y defendido— como esencial o prioritario por la identidad colectiva a la que pertenece. El individuo sabe —y quiere que así sea— que su proyecto de felicidad sólo es posible en la medida que asuma vitalmente esa pertenencia a la identidad colectiva.

No existe relación y menos tensión entre el individuo y el colectivo. El individuo es y existe en el colectivo. Sin duda esta última afirmación es decididamente extremista. Hace referencia a sentidos de pertenencia a identidades colectivas muy densas, muy excluyentes, muy inflexibles. Pero no es una exageración decir que si, en un cierto nivel no se da esta relación, no existe identidad colectiva. Cuando una persona se adhiere a un proyecto colectivo, y tal adhesión en modo alguno interfiere su vida cotidiana, en nada le orienta en sus preferencias, en sus actitudes, en sus formas de ver la realidad, ese individuo o no «está» en una identidad colectiva, o a lo que se ha adherido nada tiene que ver con una identidad colectiva; se ha apuntado a un grupo de interés o a una cuadrilla de buscadores de setas.

Sin duda —repito— la descripción que hemos hecho resulta exagerada. En este sentido lo habitual en las identidades colectivas es que en estas exista una relación —una tensión— entre individuo y grupo. Sin duda en la mayoría de las identidades colectivas el individuo no vive totalmente sumergido, ahogado, por la identidad colectiva. El individuo mantiene su identidad individual y, con ésta y desde ésta, se relaciona y «negocia» con la identidad colectiva. Pero también sin duda el individuo que mantiene una relación de estricta indiferencia frente a la cultura de la identidad colectiva al que dice pertenecer, o se engaña a sí mismo o realmente no pertenece a esa identidad colectiva. El yo es en las identidades colectivas un yo vinculado; un yo que, consciente o inconscientemente, actúa (ahora en todas las dimensiones posibles del término «actuar») vinculado a las prescripciones de la identidad colectiva en la que se halla.^[3]

Identidades Nacionales

¿Cómo funciona este proceso identitario en las identidades nacionales? Lo que constata y propone una identidad colectiva nacional, lo que constituye al mismo tiempo su objeto de deseo, es la afirmación y el proyecto que muy sintéticamente se definiría de esta forma: los seres humanos son y serán más felices en cuanto se sientan ligados a una comunidad de individuos con los que comparten un serie de rasgos; lengua, historia, costumbres, etc. La propuesta identitaria nacional es una propuesta de felicidad colectiva, y también individual. Es decir seremos felices. O seremos más felices, en la medida que sepamos que nuestros objetos de deseo, aquello que nos ilusiona (nuestro paisaje, nuestras narraciones, nuestros mitos, nuestra forma de ver la vida, nuestra forma de comunicarnos y de relacionarnos, y en ocasiones de trabajar) es un deseo, una ilusión

compartida; es un objeto colectivo de deseo. Desde la propuesta identitaria nacional esta felicidad no se debe tanto al amor que uno, por si solo, tiene respecto esos objetos, a ese mundo exterior. La felicidad se logra porque uno sabe que hay otros con los que coincide en esos deseos, que cuando uno realiza alguno de los deseos/rasgos definitorios de esa identidad, otros también los están practicando. Y además por que uno sabe que ese deseo compartido se ejerce sobre algo diferente, sobre algo propio. Sobre algo que comparte con unos, pero no con otros. La felicidad en última instancia deviene de pertenecer a una identidad colectiva diferenciada; en nuestro caso a un «nosotros» nacional.

No es momento de debatir si tal propuesta de felicidad es falsa o limitadora (y, en ocasiones opresora) Ahora sólo constatar que funciona; que existe mucha gente que en mayor o menor grado se siente feliz por su participación en este tipo de identidad colectiva. Que hay mucha gente cuya felicidad consiste en reconocerse a sí mismo como formando parte de una comunidad / proyecto colectivo nacional y en ser reconocido por uno de los suyos, por aquellos con los que comparte esa identificación comunitaria.

Avanzando un poco más se pueden establecer un par de desarrollos de estos procesos identitarios nacionales.

A. En primer lugar el proceso de cosificación es una tendencia frecuente en todas las identidades colectivas y muy en particular en las nacionales. Desde un enfoque dinámico se puede afirmar que en origen el objeto de deseo colectivo es un producto resultante de la confluencia de miles de deseos individuales, de miles de deseos de construir un objeto colectivo; y de pertenecer a él. Así se puede considerar en cierto modo este objeto colectivo está sujeto a las voluntades sus creadores. Pero suele ocurrir que en ocasiones ese Objeto (ahora con mayúsculas) se despega, adquiere consistencia propia, se independiza de sus orígenes. Lo que es nacional, lo que debes ser querido y compartido es algo fijado para siempre, algo que trasciende la voluntad de los sujetos. Es la nación eterna, a la que se debe desear, venerar. y servir.

B. Un segundo desarrollo es el que conduce de la identidad nacional al nacionalismo. Deberíamos ser mas precisos. Efectivamente, lo que hemos definido como identidad nacional en realidad es mas bien una identidad étnica. Esto es, la afirmación de un sentido de pertenencia que no tiene consecuencias políticas. La identidad étnica es afirmar que a uno le gusta compartir —y se siente confortado por ello— ciertos rasgos comunes.

La identidad nacional supone un paso más. Implica creer que tal comunidad diferenciada, confortadora y orientadora hacia la felicidad, sólo puede sobrevivir si es preservada. Y creer que para tal preservación, para la defensa de su permanencia en el tiempo, es necesario que no dependa de injerencias de voluntades exteriores, de voluntades de Otros que, no formando parte de la comunidad, se supone destruirán sus señas de identidad. Precisamente aquellas que generan el «emocionante» sentido de pertenencia en la diferencialidad compartida. Implica en consecuencia creer que tal comunidad debe ser autogobernada por aquellos, sólo aquellos, que la constituyen. El Objeto nacional, despegado de sus constructores o todavía sometido a su voluntad, debe ser defendido en cualquier caso. Debe ser autogobernado.

El nacionalismo en este sentido es el discurso y la acción política derivada de la existencia de esta identidad nacional política. Es el proyecto político que pretende lograr la soberanía política de esa comunidad (antes étnica, ahora nacional).

Sin duda, el nacionalismo también es un discurso sobre cómo es esa comunidad nacional o quizás más exactamente sobre cómo debe ser; sobre cuáles deben ser sus rasgos definidores que deben ser compartidos. Pero al mismo tiempo el nacionalismo es sobre todo la exigencia de hacer corresponder esa comunidad nacional con una comunidad política soberana.

Los movimientos sociales nacionalistas; dos apuntes

A. De acuerdo con lo anterior un movimiento social nacionalista, tendrá cuatro objetivos:

- a) Definir que es para él (y por qué) la comunidad nacional que debe ser preservada; cuáles son sus rasgos definitorios y prioritarios.
- b) Extender los rasgos de esa comunidad al conjunto de la población.
- c) Convencer a la población que la pervivencia de la comunidad así definida exige el autogobierno de la misma.
- d) Y lograr dicho autogobierno.

B. En los movimientos sociales nacionalistas la identidad colectiva es fuerte por que está reforzada. El militante del movimiento no sólo comparte con los demás miembros de su grupo una visión y una acción referidas al horizonte comunitario nacional, sino que además entiende que su movimiento, la identidad colectiva del mismo, expresa, prefigura también esa futura comunidad nacional. Forzando un poco la expresión podríamos decir que en cierto modo el movimiento social nacionalista se percibe a si mismo como la misma comunidad nacional, como la misma nación que pretende construir. Así se acumulan y mezclan y refuerzan los rasgos identitarios colectivos provenientes de dos fuentes. Del proyecto y práctica movilizadora. Y de la nación que debe construirse y que el movimiento preconstituye en su propio seno.

El nacionalismo vasco radical

Primer acercamiento

Lo que sigue es más una reflexión tanto sobre el nacionalismo en general como sobre el particular nacionalismo de la Izquierda Abertzale (IA).^[4] Pretendo establecer algunas reflexiones analíticas sobre la funcionalidad y la cuestión de la pluralidad del nacionalismo, desde las que poder entender qué es lo que pretende el MLNV. Empecemos con un primer acercamiento al discurso nacionalista del la IA.

El pueblo vasco tiene unas señas de identidad —lingüísticas, culturales, históricas-permanentes. Son las señas que lo constituyen como Pueblo.. Este pueblo ha sido, es y debe ser una nación. Una comunidad que por sus señas de identidad colectivas y diferenciadas se constituye en un sujeto colectivo político; en un sujeto que como tal

afirma que para su supervivencia como comunidad diferenciada, para la pervivencia de esos rasgos identitarios, necesita del autogobierno, de la no dependencia, de la soberanía política.

Por otro lado el establecimiento de soberanía expresa el logro de la plenitud nacional desde una doble perspectiva:

a) Como garantía de que no se perderán los rasgos constitutivos y diferenciadores

de la comunidad nacional

b) Como culminación de uno de esos mismos rasgos. En la definición que se hace de la comunidad / nación vasca el rasgo de no querer ser dependiente de otros pueblos o naciones / Estado es un rasgo definitorio más de esa comunidad. Es decir, afirmarse como vasco y como miembro de la nación vasca en cuanto que se comparte con los otros miembros de esa nación una lengua, una cultura distintas a la de otros pueblos / naciones (tengan o no Estado esos otros pueblos); y en la medida que también se comparte tanto el deseo y la voluntad de no depender como pueblo / nación de esos otros pueblos/ naciones.

Esta descripción nos abre un conjunto de reflexiones generales una de las cuales, la primera que trataremos, hace referencia a la funcionalidad del Nacionalismo.

El funcionalismo

El nacionalismo es funcional —funciona— en cuanto que genera sentido de pertenencia y cohesión e impulsa proyectos colectivos. Para eso sirve. Y una primera y elemental (y provisional) reflexión a hacerse es que quizás para eso —para generar cohesión, etc.— es mejor un nacionalismo que defina muchas y muy precisamente señas de identidad diferenciadoras. Parece lógico sentirse más cercano con aquellos que hablan nuestra misma lengua, creen que teníamos aunque sea en tiempos muy lejanos, comunes antepasados (que además eran personas dignas y de valor), que disfrutaban como nosotros practicando las mismas costumbres (desde el deporte a la gastronomía), que se sienten representados y emocionados por los mismos acontecimientos colectivos y símbolos; y que como nosotros desean no vivir sometidos a los que —como nosotros— consideran que son Otros. Nos sentimos más cercanos a ellos, y por tanto más confortados porque creemos en ellos y porque nos sentimos reconocidos y en parte protegidos por ellos. Este es, al fin y al cabo, el atractivo vital del proyecto nacionalista. La pertenencia, el reconocimiento; y además la pertenencia y el reconocimiento a algo y en algo que merece la pena. Aunque pueda resultar obvio recordarlo, desde el nacionalismo no se afirma la diferencialidad de forma indiferente; se afirma que —mejores o no que otros— esos rasgos identitarios tienen connotaciones positivas, expresan «buenos» valores como permanencia, autenticidad, generosidad, solidaridad, etc.

Las naciones dan sentimientos de seguridad, de permanencia en el tiempo. «Solucionan» el tema de la mortalidad (trascienden en el tiempo), dan certezas a nuestra identidad o a nuestras ansias de identidad. Pero esa tarea, ese dar sentido a nuestra lealtad asentada en las certezas que nos dan los otros nacionales, sólo es posible si tal comunidad nacional es definible; si existen unos rasgos objetivos (o contextos coyunturales que se pueden convertir en rasgos fijos) que además son diferentes (o diferenciables) de otros. Si no

hay un mínimo de realidad diferente, no se puede construir nada. Además estos rasgos (lenguas, narraciones, costumbres, «carácter» estilos de vida, etc.) tienen que ser «buenos» tienen que expresar un carácter noble o auténtico o generoso, etc. Si no, no tendría sentido ejercer la lealtad, la solidaridad con aquellos que se reconocen entre sí por practicar valores orientados contra o al margen de los demás (hiperindividualismo, o agresividad, etc.)

Compartir, construir con otro una identidad comunitaria, implica lealtad para con ellos; implica sacrificarse por ellos, implica ser solidario con ellos. Lo que a su vez implica cohesión social. Un ejemplo muy material: estar preocupado por que se paguen impuestos; estar preocupado por que esos otros con los que se comparten rasgos comunitarios, con los que comparte lealtad, sean beneficiados por la respuesta fiscal de cada uno de los miembros de la comunidad y por el reparto que se haga de lo recaudado. Tal lealtad exige identificación en la diferencia compartida, identificación con una comunidad diferenciada; pero también que lo compartido transmita, irradie valores positivos, valores que «produzcan» esa lealtad solidaria.

La nación desde esta perspectiva es algo real. Es decir, es evidente que uno tiene que imaginar a la mayor parte de sus co-nacionales, por que no puede físicamente conocerlos pero también es evidente que uno puede saber que existen gentes que comparten con uno muchas cosas; lenguas o historias o símbolos o etc.; y que esas gentes y esas «cosas» y ese compartido sentimiento son reales. Las naciones son imaginadas, pero no imaginarias.

Porque son reales, porque las gentes sienten que esos reales hechos diferenciales, que generan lealtades y derivadas seguridades, son débiles o están en crisis o peligran, es por lo que esas gentes luchan.. Para hacerlos más fuertes o evitar su desaparición. Y esa persistencia en su defensa se ve reforzada en cuanto que tales hechos se sienten, se viven como un patrimonio comunitario, como algo que es Nuestro y que por tanto no debemos perder.

Este es un enfoque del nacionalismo hecho desde la perspectiva del individuo o desde la sociedad. También se puede hacer desde el poder político, que articula un discurso nacionalista dirigido a generar la cohesión social necesaria para mantener su Autoridad. Pero, en principio, no hay por que contraponer ambos discursos. Ambos se complementan.

El individuo asume que la cohesión social es una consecuencia necesaria y positiva de la lealtad construida en el sentido de pertenencia de la deseada identidad compartida. Y por tanto le parece muy bien que el poder político refuerce esa cohesión. Su poder político. Aquel que construye tal cohesión sobre sus lealtades, sobre los valores y rasgos conformadores de su comunidad, en la que se reconoce y en la se conforta; en su comunidad nacional.

Sobre los pluralismos

Compartir muchas cosas (lengua, historias, proyectos, etc) y compartirlas de forma muy intensa, facilita la afirmación de ser una comunidad diferente, de ser/ construir un Nosotros que afirma su personalidad colectiva. Que quiere que se le respete como tal;

que quiere que sólo ellos —los que se sienten parte de ese Nosotros— decidan sobre ellos mismos.

Un nacionalismo así definido parecería que sirve más para esa cohesión, para esa solidaridad, que un nacionalismo cuya propuesta sea de radical pluralismo. Es decir, por un nacionalismo que diga que debemos compartir esa cercanía generadora de solidaridad con gentes que hablan lenguas diferentes, que tienen diferentes relatos históricos, diferentes emociones y deseos respecto a diferentes símbolos, realizaciones colectivas diferentes y que por supuesto tienen diferentes demandas de autogobierno político (es más, a muchos este asunto no les interesa lo más mínimo en cuanto que no se sienten que forman parte de una comunidad nacional diferenciada y no reconocida como tal).

Es momento de hacer alguna digresión sobre el asunto del pluralismo desde exclusivamente la perspectiva de la funcionalidad nacionalista. Para ello veamos cómo pueden relacionarse entre sí diversos pluralismos y diversos nacionalismos. Empecemos por establecer dos tipos de pluralismo:

A) Un pluralismo caracterizado por el aislamiento y el enfrentamiento; es decir cada individuo sólo pertenece a un grupo de referencia (un sindicato, por ejemplo) y además solo está, ve y actúa en el mundo a través de ese grupo; podríamos decir que tiene sólo una identidad colectiva y que la misma es excluyente. En consecuencia, mira a los otros individuos, a su vez integrados en otros grupos de referencia, con indiferencia, si no con hostilidad. El supuesto es bastante irreal, pero no lo es tanto si lo describimos como un conjunto de redes o de grupos que tienen entre sí mucho en común. Así por ejemplo, el mismo individuo pertenece a un sindicato anarquista, y también a una asociación cultural anarquista, y además pertenece a un grupo de padres que quieren hacer una escuela orientada por los principios libertarios. Este individuo ciertamente pertenece a varios grupos, pero en el fondo sólo tiene una identidad colectiva (o al menos una que resulta claramente dominante). La aportada por la mirada anarquista presente y orientadora de todas sus concretas pertenencias grupales. Dicho de otra forma: Los grupos aisladamente considerados tienen una identidad muy débil. Tienen sólo una dimensión instrumental; la de canalizar la identidad, el sentido de pertenencia «superior»; abarcador y, en el fondo, único.

B) Un segundo pluralismo nos presenta pertenencias cruzadas. Los individuos son y se sienten miembros de diversos grupos y asociaciones. Y no como en el caso anterior de grupos marcados por una identidad colectiva común y realmente única, sino de grupos diferentes. Así por ejemplo, de un sindicato socialista o simplemente defensor de concretos intereses profesionales; y de una asociación cultural de resonancias nacionalistas en la medida que pretende la recuperación de la cultura tradicional; y también de un grupo de tendencias místico / terapéuticas de corte orientalista. Individuos de este perfil, en la medida en que ellos mismos viven esa múltiple pertenencia, y que además la viven de forma no traumática (son capaces de equilibrar los diferentes sentidos de pertenencia y/ o las diferentes identidades colectivas) es obvio que tenderán a ver con respeto y consideración —con gran tolerancia— a otros grupos o a otros individuos pertenecientes a otros grupos. Es más, en una sociedad con este tipo de pluralismo, los grupos tienden a ser abiertos, tienden a aceptar en su seno a personas que pertenecen a grupos distintos o a unas «filosofías» divergentes; tendencia que se

manifiesta de forma contraria en los grupos que conforman el pluralismo del aislamiento.

Nacionalismo y pluralismo

Supuestos estos dos tipos —o escenarios/ tipo— de pluralismo, el nacionalismo puede estar y actuar en ellos de diversas maneras:

a) En primer lugar, el nacionalismo puede expresarse en uno de los grupos o conjuntos de grupos. El nacionalismo es una opción más dentro de un escenario plural. Así hay gentes que tienen su pertenencia e identidad en una agrupación religiosa, otros en una agrupación sindical, otros en una asociación nacionalista española y otros en una asociación nacionalista vasca (se entiende que se incluyen también «conjuntos» de asociaciones, etc.) En un escenario así pueden darse a su vez las dos situaciones anteriores. Efectivamente puede darse que ese grupo (o conjunto de grupos) nacionalista tienda al aislamiento y a la exclusión de su seno de otras pertenencias a otros colectivos. O puede que se dé el otro modelo. El que admite pertenencias a otros grupos y que, en consecuencia, vive como normal el que sus gentes tengan cruzadas o solapadas varias identidades colectivas. Ello puede deberse a que ese grupo (o conjunto de grupos) nacionalista no tenga una identidad colectiva muy densa —muy sentida— en todo, y en todos los frentes; que tenga una identidad flexible, abierta, compuesta de pocos rasgos que además de hecho se compatibilizan con otros rasgos de otras identidades.

b) Pero al mismo tiempo el nacionalismo puede ser una propuesta de pertenencia que se formula en un nivel diferente. No como una opción más dentro del pluralismo existente, sino como una opción que opera en un espacio distinto. Como una propuesta a la que se adhieren todos los individuos, al margen de que cada uno de ellos mantenga sus específicas (solitarias o cruzadas) pertenencias e identidades. Todos los miembros de una sociedad pueden sentirse miembros de una nación. Todos ellos pueden sentirse cercanos entre sí, pertenecientes al mismo grupo humano. Porque comparten una lengua, por que comparten una historia y unos símbolos, por que comparten un parecido sentido de la justicia y la libertad, porque quieren que esa comunidad quiera ser (o continúe siendo) soberana.

Y es evidente cada uno de esos individuos, además de su compartida identidad nacional, puede tener diferentes adscripciones y pertenencias e identidades. Y puede compatibilizarlas con esa común identidad nacional.

Pluralismo y funcionalismo

Ahora es cuando hay que ver cuál se supone que es la perspectiva funcional/ estratégica ideal para el nacionalismo.

Un proyecto nacionalista tiene como objetivo situarse en la posición que hemos definido como de espacio común de reconocimiento identitario. Ciertamente, en origen, el proyecto nacionalista, suele situarse como una expresión más de las distintas opciones plurales (enfrentadas o cruzadas) de una determinada sociedad. Pero su destino es situarse en otro nivel; en el compartido por todos.

Ello resulta imprescindible si quiere lograr su fundamental objetivo: lograr la soberanía política en un territorio determinado. Y, para ello, previamente, conseguir lo que sigue: Que todos los habitantes (o su inmensa mayoría) de ese territorio deseen esa soberanía; y que lo deseen porque se sientan coparticipes de un proyecto colectivo; y que así sea porque, en alguna o algunas dimensiones concretas, se sienten especialmente ligados al conjunto de la población que pretende el proyecto; especial ligazón que le hace vivir como suyo el proyecto. Y proyecto que al fin y al cabo no es más que la garantía de consolidación —y aun plenitud— de esa comunidad de la que se siente parte (de la que se siente reconfortado por formar parte).

Para ello, el nacionalismo deberá articular una serie de medidas o mas exactamente poner en marcha un serie de procesos:

a) Parece indiscutible que, sea cual sea la posición que ocupe el grupo (o movimiento o conjunto de movimientos nacionalistas) en la sociedad, su tarea será la de fomentar un pluralismo cruzado. Su tarea será la de incrementar la cultura de la compatibilización. Hacer ver que la opción nacionalista no implica la exclusión de otras pertenencias o identidades. No olvidar que su objetivo es incorporar a un proyecto común a gentes muchas de la cuales tienen ya algunas opciones identitarias (y muy arraigadas en muchos casos) haciéndoles ver que tales opciones pueden ser compatibles (y enriquecerse mutuamente) con determinadas opciones nacionalistas. Destaco lo de «determinadas». Simultáneamente, el grupo o constelación de grupos que tiene el objetivo central descrito^[5] debe de flexibilizar (reducir, moderar) su definición nacional, debe de presentar su proyecto del Nosotros nacional como compuesto por determinadas pero en ningún caso excesivas —y mucho menos rígidas— señas de conformación identitaria. No es momento de decir en nuestro caso cuáles deberían de ser y cómo deberían presentarse. Pero sí es el momento de señalar que cualquier proyecto nacional debe de tener muy claro cuáles serían asumibles por el conjunto de la población sin que las mismas supusiesen destrucción de sus otras identidades; y cuáles — atención— fuesen asimismo ilusionantes.

b) Efectivamente, un exceso de flexibilización, de reducción de esas señas de identidad nacional, puede llevar al nacionalismo a construir —quizás inconscientemente— un escenario de pluralismo radical, en el cual pueden existir muchas y mutuamente toleradas opciones identitarias, pero en la que no exista ninguna común identidad a partir de la que —y con la que— se construya, desde una suficiente cohesión social, el correspondiente proyecto nacional.

c) Al mismo tiempo no podemos olvidar que el nacionalismo convence (y tiene que convencer a los que ya tienen otras identidades) no sólo por la compatibilidad de su propuesta sino por ser por si misma ilusionante; por que hace una propuesta de solidaridad atractiva, por que se encarna en un comunidad cuyos miembros se sienten cercanos, porque esa comunidad al menos en algo se vive como diferente. Porque hace a la gente sentirse cerca de otros porque comparte con ellos ciertas diferencias. Todo ello implica que el nacionalismo sí tiene que definir algunos rasgos que identifiquen su comunidad nacional.

Étnicos / cívicos

A la vista de lo dicho conviene recordar que la distinción entre nacionalismo cívico y nacionalismo étnico es más analítica que real. En la práctica todos los nacionalismos (se promocionen desde el Estado o desde la sociedad) incorporan a su discurso y a su definición de la nación, elementos étnicos o simbólicos o etno-simbólicos; rasgos que especifican y diferencian una comunidad. Por supuesto que dicho discurso puede y debe definir también a sus nacionales a través de la extensión de una serie de derechos cívicos; de establecer que todos los que viven en un territorio determinado, y definido como nacional, sea cual sea su identificación étnica, tienen los mismos derechos cívicos o ciudadanos. Son nacionales por que tiene esos derechos.

Pero al mismo tiempo esos mismos ciudadanos se sienten solidarios entre si por que comparten ciertos símbolos construidos mediante un proceso de «sedimentación» étnica. Lo que refuerza la solidaridad es ese compartir la diferencia, ese sentirse especialmente cercano al otro por que con él conformo un Nosotros diferenciado.

En principio tal solidaridad étnico/ nacional no debería provocar problemas con las minorías étnicas existentes en ese territorio. Las mismas además de tener los mismos derechos cívicos, mantendrían sus propias señas de identidad étnica. Y, de forma superpuesta —o también cruzada— compartirían las señas de identidad más relevantes de la nación común; las suficientes para formar parte de esos ineludibles procesos de cohesión y solidaridad.

Por tanto, la pregunta ha hacerse no es tanto si es o no excesivamente étnico un nacionalismo determinado, sino si determinadas opciones étnicas son o no funcionales.

Así, todos los nacionalismos tienen que tener un cierto grado de etnicidad. Si es excesivo se aíslan; fracasan en su proyecto. Si no son nada étnicos, no arrastran, no son capaces de construir solidariamente un proyecto común.

Vuelta a la Izquierda Abertzale

Teniendo en cuenta todo este conjunto de reflexiones, debemos ahora afirmar que el MLNV ha optado por un nacionalismo muy excluyente.

Propone su nación cuyas fronteras definitorias de lo nacional son muy claras y muy firmes; la nación vasca es lo que es; y siempre ha sido así.

Eso supone que el territorio histórico vasco (el que ellos han decidido que es el territorio histórico) es el espacio donde se dan esas perennes señas de identidad nacionales, donde ha vivido y vive esa comunidad étnica que ha trascendido su etnicidad hacia la conciencia de ser nación y la correspondiente exigencia de soberanía. Así el territorio vasco es el territorio definido de forma específica y delimitada porque pertenece a una específica y delimitada comunidad étnica. Y viceversa. Esa determinada comunidad étnica se define como diferenciada en la medida que se asienta en un concreto y delimitado territorio.

Eso supone que si en ese territorio existen otras gentes que no comparten las señas de identidad nacionales de los «propietarios» del territorio (o lo que es lo mismo, las señas de identidad por las que el territorio existe de forma diferenciada como un espacio único e irrepetible), esas personas sólo ocupan ese espacio. No es su territorio.

Volviendo a nuestras reflexiones anteriores, esta concepción resulta cercana a la que denominábamos como de pluralismo de enfrentamiento o aislamiento. Y utilizo la expresión «cercana» por que ni siquiera está claro que se acepte desde la misma la existencia de algún tipo de pluralismo.

Desde esta concepción conviene ver que opciones estratégicas tiene el MLNV; cuáles son funcionales a sus propósitos; y por cuáles parece que puede haber optado. Señalando de antemano que en estas opciones juega un papel central el tratamiento diseñado para esos otros que (según ellos) sólo ocupan el territorio.

a) En teoría la primera propuesta sería la de construir una identidad común; la de hacer partícipes a dichos «ocupantes» de una identidad nacional superpuesta a sus otras identidades, y por tanto compatible con las mismas. Ya vimos en su momento que tales estrategias son complejas y exigen buscar difíciles e inestables equilibrios entre distintas identidades. En cualquier caso parece que MLNV ni siquiera tiene en cuenta esta estrategia. Su propuesta de impulsar desde «sus» instituciones^[6] un proceso electoral constituyente parece confirmar esa renuncia. Y ello no tanto por que resulte definitivamente claro que de dicho proceso electoral se excluya expresamente a los «ocupantes», sino sobre todo por que el MLNV sabe que ni los «ocupantes» ni tampoco otros muchos nacionalistas vascos, van a entrar en ese proceso electoral. Porque el proyecto aparece ligado al proyecto y definición de país y de sus rasgos identitarios de un concreto grupo: del MLNV. No se formula como un proyecto globalizador, dirigido a la construcción de una identidad nacional y correspondiente nación común, complementaria a otras identidades, y en la que se involucra— en su diseño y puesta en práctica— a todos o al menos a todas las fuerzas políticas.

No es así. Se presenta como un proyecto de unos solos, de unos a los que además les parece muy bien (no dicen lo contrario) que sus aliados juveniles y militares amenazan o asesinen a esos ocupantes. Decía que el MLNV ya sabe que esos ocupantes no van a participar (parecería locura participar en un proyecto protagonizado por alguien que esta deseando que desaparezcas). Pero quizás sea más preciso decir que no está nada interesado en que participen.

Lo descrito implica que, en principio, MLNV ha decidido —una vez más— no buscar un proyecto nacionalista general.

Eso quiere decir que no le preocupa el que la opción nacionalista implique la exclusión de otras pertenencias o identidades. Y así su objetivo no es incorporar a un proyecto común a gentes, muchas de las cuales tienen ya algunas opciones identitarias (y muy arraigadas en muchos casos), haciéndoles ver que tales opciones pueden ser compatibles (y enriquecerse mutuamente) con determinadas opciones nacionalistas. Ni por supuesto cree que debe de flexibilizar (reducir, moderar) su definición nacional, debe de presentar su proyecto del Nosotros nacional como compuesto por determinadas pero en ningún caso excesivas —y mucho menos rígidas— señas de conformación identitaria.

b) Se podría considerar que en la medida que el MLNV ha renunciado a la funcionalidad de erigir una genérica nación, lo que le interesa es que se refuerze su opción nacional.

En consecuencia, lo que pretende su particular proceso electoral es dar consistencia política a una comunidad nacional dentro de otra comunidad. Lo que pretende es autootorgarse una serie de Instituciones para así reforzar sus señas de identidad.

Sería una consciente elección por el aislamiento que quizás a corto plazo podría resultar funcional (sólo, por supuesto, para el nacionalismo y la nación del MLNV) pero que a la larga, le llevase, en un progresivo proceso de desgaste, a la desaparición o marginalización.

c) La tercera opción puede suponer un eventual éxito funcional pero derivaría en un gravísimo atentado a la democracia.

La misma consiste en intentar imponer su nación a la nación. Lograr desde una, en principio «particular», Institución constituyente que la misma dé el salto (o pretenda darlo). De ser una espacio de reconocimiento y reflexión política de la izquierda nacionalista, a imponerse como un auténtico poder político; como una Autoridad que consiguiera que sus normas sean obedecidas en todo el territorio.

Parece muy poco posible que el MLNV contase con la fuerza necesaria para imponer su nación como la Nación / Estado Vasca. En cualquier caso si ello ocurriera, la quiebra democrática sería de tal envergadura que nos encontraríamos frente a un Estado fascista.

En síntesis, las dos primeras opciones no son funcionales y la tercera en el mejor de los casos es una aventura sin futuro.

Una reflexión final

Como apuntábamos, el actual proceso de ilegalización de Batasuna —espinas dorsales de la red/ movimiento nacionalista radical— debe hacernos ver con cierta distancia las reflexiones anteriores. No parece que el MLNV esté en la mejor coyuntura para proponer procesos soberanistas constitutivos propios, aunque tampoco parece dispuesto a apoyar los ajenos (léase la propuesta de nuevo pacto del Lendakahri). En todo caso, lo que sí permanece es su concepción identitaria ex-cluyente y, en consecuencia, su propuesta de construir una nación vasca también... excluyente.

[1] Un movimiento nacionalista que en su red organizativa contiene también un partido político, no deja de ser un movimiento. Distinto sería el caso de un movimiento nacionalista que, al margen del nombre que se diese, estuviese conformado solo por un partido político de exclusiva vocación electoral.

[2] En todo caso no siempre los movimientos nacionalistas tienen una clara vocación de ejercer el poder; en ocasiones tan solo pretenden presionarlo para que modifiquen sus políticas públicas nacionales. Este supuesto suele darse habitualmente cuando en la red de grupos y organizaciones que conforman el movimiento nacionalista en cuestión, o no existe un partido político, o este sólo tiene carácter testimonial.

[3] Transcribo una aportación personal que, desde una perspectiva feminista, se incorporó a un debate sobre este tema de la identidad celebrado hace algún tiempo: « Me doy cuenta que lo que yo vivo, en mi misma, en el trabajo con las vidas y los deseos de las mujeres, no quiere tener que ver con eso (con la identidad colectiva). Tratamos más bien de identificar nuestros recorridos y

nuestros deseos, de dar palabras singulares y significados originales (en el sentido de los que cada persona da, no los que vienen dados) a las experiencias y los deseos. Claro que hay algo cercano a lo que tal vez alguien llame identidad colectiva, pero yo prefiero llamarlo tal vez comunidad de experiencia a la que cada cual debe dar sentido y que se puede contar e intercambiar —en cierta medida compartir— con los y las otras. No me parece que esta forma que te digo de estar en el mundo y en la vida impida compartir proyectos o sentirse parte de grupos humanos más amplios, pero siempre con las raíces ahí. « Me pregunto si el testimonio la vivencia narrada describe una identidad colectiva. Y dejo al lector la contestación a la pregunta .

[4]Utilizaremos indistintamente la expresión Izquierda Abertzale, nacionalismo radical o la hoy ya algo anticuada, MLNV (Movimiento Vasco de Liberación Nacional). Cuando hablemos de identidad o de propuestas nacionalistas, lo haremos en relación al conjunto de las organizaciones que conforman la red /movimiento del la IA. Es decir, a aquella identidad compartida por todos sus miembros, al margen de cuál sea al concreta organización de movimiento en el que se hallen.

[5] Bien sea un grupo más del escenario plural cruzado; o bien sea un grupo con posiciones «por encima» de la sociedad, es decir con cierta capacidad de decisión política.

[6] En su momento articularon una propuesta de elegir una Asamblea Nacional Constituyente. Hoy parece que tal proceso se haría a través de «su» Udalbilza (de la agrupación de concejales afines a Batasuna). Ciertamente, el proceso de ilegalización ha dejado un tanto en el olvido estas propuestas electorales constituyentes. Pero en cualquier caso las mismas no han sido formalmente retiradas.